colmo de esto, permanecer de tal suerte como rehen y prisionero del hombre, comprando, por el desprecio de un gran número, el beneficio y la salvacion eterna de algunos.

Hé aquí, no obstante, lo que subleva á una razon vulgar: *¿Qué prueba esto?* dice ella, á la manera que Zoilo, en el trozo mas bello de una tragedia (ignorando que el corazon tiene sus razones, como el espíritu sus emociones, y que uno y otro constituyen el alma, indivisible en la distincion de sus facultades). La razon vulgar encuentra dificultades, y ve imposibles en esto.

¿Y cuáles?

El esceso, primeramente.—Lo confieso. Pero ¿se creeria en el amor de Dios si no escediera al amor del hombre? Mi razon me dice todo lo contrario. Precisamente en este esceso es en donde le reconozco divino. La Eucaristía me encanta y me convence en cuanto me parece infinito el Amor en ella.

Lo incomprensible Lo confieso tambien. Pero diré respecto de la inteligencia lo mismo que he dicho del amor. Cuanto mas supera á mi inteligencia la Eucaristía, mas me revela á Dios: á Dios en la mayor fuerza, por decirlo así, de su operacion, disponiendo El mismo de Sí mismo, como El lo entiende. ¿Y dónde debió haber nunca mas prodigio y mas misterio? La razon humana no puede encontrarse aquí sino en su mas absoluto aniquilamiento, y la oscuridad se convierte en luz.

¡Cómo! Allí donde el mismo Dios hace desaparecer su Divinidad, su Humanidad misma por el hombre, ¿no habia de velarse el hombre la faz?...

¿Habia de exigir condiciones?... ¿Habia de querer ver?... ¡y ver con sus propios ojos! ¡Con esos ojos que ven ya con tan poca claridad la naturaleza de las cosas, y que toman con tanta frecuencia la apariencia por realidad, el fenómeno por la substancia, la costumbre por la razon!...

¿Pero es esto decir que baste que una cosa sea incomprensible para que se abrace como divina?

No digo esto.

Digo solamente que basta que *sea verdadera* una cosa para que se admita, aunque sea incomprensible. Y añado, que si se trata de una cosa divina y divina en el grado mas superior, como lo es la Eucaristía, es condicion suya lo incomprensible.

Apartando, pues, la dificultad sacada de lo incompresible, resta que preguntemos si es *verdadera* la Eucaristía.

Esta es cuestion de *pruebas*. Puesto que así se quiere, sea. Veamos, pues.

En primer lugar, ¿es Jesucristo digno de fe? ¿de que se le de crédito?

¿Quién, poniéndose frente á El, con todos los testimonios que le preceden, le acompañan y le siguen en el mundo, osaria racionalmente dudar de su palabra?

¿Pero esta palabra es clara y formal sobre este punto?

Veámoslo. «Yo soy el Pan vivo bajado del cielo, y quien come este Pan vivirá eternamente (1).» «El Pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo (2).» «Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida (3).» «En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros (4).» «Quien come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él (5).» «Tomad y comed, este es mi cuerpo; que será entregado por vosotros; bebed, esta

(1) San Juan, VI, 59.
(2) Idem, ibid., 52.
(3) Idem, ibid., 56.
(4) Idem, ibid., 54.
(5) Idem, ibid., 57.

es mi sangre que será derramada por vosotros (1).» He aquí cómo mide la fuerza de sus afirmaciones á la altura y al peso del misterio. Tambien acompaña á ellas la accion. Celebra y opera El mismo este misterio, y añade: «Haced esto en memoria mia.» Es decir, que de todas las maravillas que ha dicho y ha hecho, en esta especialmente hace consistir su *Memoria*. Recógese todo él enteramente, si es lícito hablar así, en este Sacramento. Por último, para no dejar evasiva alguna á los que en lo futuro pretendieran dudar del sentido de estas palabras, provoca el mismo sentimiento en algunos de los que las oian, y á todos los que digeran como ellos; «Dura es esta doctrina, ¿quién puede escucharla?» contesta: «Y á vosotros tambien os escandaliza esto (2)» como quien dice: Nada tengo que reducir; acéptese ó no se acepte.

Así la palabra de Jesucristo, doblemente indiscutible en su veracidad y en su fuerza, tal es la prueba directa á que no puede resistir ninguna sana razon.

Pero tal no es la razon humana. No está sana de las preocupaciones naturales; no es flexible al misterio que choca con ellas, no obstante hallarse dicha razon sumida en los misterios de la naturaleza á que se somete por costumbre y por falta de interés. Mas aquí se subleva porque esta costumbre de las cosas es contradicha, y porque esto toca en lo vivo de nuestra voluntad enferma y maleada, y que para satisfacerse, hace en cualquier otra cosa tan poco caso de esta misma razon, que no vuelve á encontrarla sino para oponerla al remedio que debe curarla.—No es esto menos increible en sí, se dice.

Lo concedo, si se entiende por ello que es un misterio de fé hecho para esperimentar la razon, para invitarla al sacrificio.

(1) S. Math., XXVI, 26, 28.—S. Marc. XIV, 22, 24.—S. Luc. XXII, 19, 20.—I. *A los Corintios*, XI, 24, 25.

(2) San Juan, VI, 62.

¿Pero dónde estuvo mas en su lugar nunca el misterio ó el sacrificio? ¿No es este el sacramento del amor, del amor que no es mas que misterio y sacrificio? El mismo Dios que nos lo propone, ¿no se anonada en él El mismo el primero, anonadamiento que no seria el colmo del amor, si no fuera el colmo del misterio? Si *Dios es amor*, debe ser *un Dios oculto*, allí donde está con su persona y en su amor mismo. No hay mas que una manera posible pero decisiva de verle; y es seguirle, en la misma disposicion de sacrificio en que se ha colocado El mismo.

No hay duda que para seguirle es necesario renunciarse, renunciar á sus pasiones, sus sentidos, su razon ordinaria; renunciar á si mismo en fin. Pero, en primer lugar, ¿exige semejante sacrificio á primera vista? ¿No ha dado por prenda todas las pruebas de su Divinidad y de su verdad, que son como el camino que conduce á aquel? Y ademas, renunciar á sí mismo, cuando solo se está enfermo por pertenecerse demasiado, ¿no es la primer condicion del remedio y el remedio mismo? Es verdad que renunciar á sí mismo es morir para sí; pero, ¿cómo se puede renacer sin morir? Y morir para si mismo, ¿no es la condicion del amor, y lo que hacemos por todo amor humano? ¿Y no es admirable que, debiendo exigir de nosotros esta muerte previa, ó mas bien concomitante con la vida que nos da, le haya dado Jesucristo el atractivo y el encanto determinante del amor?

Hay, pues, aqui una prueba intrínseca, á cuya invitacion no es posible negarse.

Pero se traduce por una prueba extrínseca de gran fuerza, de fuerza igual á la dificultad.

El misterio de la Eucaristía es increible, se dice; convengo en ello; y aun añado, que nada forma en él ilusion, y que ni aun es especioso.

Pero que se esplique en su consecuencia, ¿cómo una cosa

tan increible ha llegado á ser y ha permanecido siendo la creencia del mundo cristiano, y de lo mejor que hay en el mundo cristiano? ¿De dónde ha podido nacer, por dónde ha podido sostenerse semejante creencia, no teniendo á su favor ni verdad ni ilusion?

Se me pedirá que esplique un prodigio, por su naturaleza inesplicable, siendo de órden divino; esplíqueseme, pues, este prodigio de la creencia en él, que debe poder esplicarse, siendo segun se dice, de un órden enteramente humano.

Estos dos prodigios se equilibran con el mismo peso. Es manifiesto que si la humanidad mas conforme con la razon ha creido tan universalmente y con tal perseverancia en la *Presencia real*, increible segun los contradictores, hasta ser inadmisible, es necesariamente porque es verdadera por sí misma hasta lo absoluto; es porque lleva en sí su propio testimonio, tanto mas fuerte, cuanto que la desmiente todo esteriormente.

¿Qué es, pues, si no solo es creido de esta suerte desde su institucion, sino que ha sido predicho que lo seria, y si lo era por ello mucho antes; si el prodigio histórico de su creencia se halla duplicado por un prodigio profético, como sucede respecto de todos los misterios cristianos? He aquí, en efecto, cómo era exaltado el misterio de la Eucaristía, en el seno de las tinieblas impuras de la idolatría, y aun por encima de los sacrificios de la Ley antigua:

«Desde que sale el sol hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones, y en todo lugar se me ofrecen sacrificios y en mi nombre una Hostia pura (1).»

«¿Cuál será el Bien venido de él, y lo Hermoso que de él nos vendrá, sino el Trigo de los escogidos y el Vino que engendra Vírgenes (2)?»

(1) Malaquías, I, 11.
(2) Zacarías, XI, 17.

Propuesta esta cuestion cinco siglos antes, en aquella luz profética en que todos los tiempos son como un mediodia eterno, se impone hoy con la autoridad de veinte siglos de testimonio. Sí: ¿cuál será el Bien, cuál será lo Hermoso, sino el Trigo de los escogidos y el Vino que engendra las Vírgenes? «Esta creencia en la Eucaristía, cuyo solo hecho vence con su peso todas las dificultades que pudieran oponérsele, no se halla en efecto de tal modo encerrada en el alma de los perfectos creyentes que se pueda preguntar si será una ilusion suya, porque brilla y se ostenta en ellos y á su alrededor en Bien y en Hermosura, y por consiguiente en Verdad, y no es peligroso creer en su testimonio. Todos los frutos de oro del Cristianismo germinan en ella y provienen de aquí; la Santidad, la Virginidad, el Martirio, el Apostolado, el Celo de la verdad, el fuego de la Caridad, las obras, la sabiduría de las instituciones, las maravillas del genio y del arte cristianos, que constituyen el honor de la humanidad; todas estas celestes perfecciones que crecen en el fondo donde florecen en los bordes de este misterio, y que él produce con su divina fecundidad.

La Eucaristía, nombre admirable, que significa etimológicamente la *Gracia del Bien*, la *Belleza del Bien*, y entra así en su designacion profética, constituye su prueba por su virtud, y la prueba de su virtud por la virtud que nos comunica. Esta prueba se halla á toda la altura del misterio y le iguala en prodigio. Es este mismo misterio trasmitido á nosotros; si bien en sí mismo, mudo é invisible, su Objeto sufre nuestra incredulidad, mas hablando y brillando en nosotros, no la sufre ya, puesto que se impone por su evidencia.

Nótese bien, en efecto, el fenómeno de la Eucaristía, en los Cristianos perfectos en quienes ejerce toda su virtud. Es el mismo misterio, el mismo prodigio que la Eucaristía misma. El misterio Eucarístico consiste en efecto, en su *trasustanciacion* invisible del pan y del vino, de que solo quedan las

apariencias, en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo. Pues bien, ¿en qué consiste su efecto en nosotros? En la trasustanciacion sensible y visible, y, si esta palabra es sobrado fuerte, en la transfiguracion de nuestra tosca y viciada naturaleza, en la naturaleza angélica que es divina. Es lo sobrenatural manifiesto y radiando en lo terrestre y en lo impuro. Antes éramos tinieblas y ahora somos luz; éramos carnales y ahora somos espirituales; éramos cobardes y ahora somos valientes; éramos egoistas, y ahora tenemos abnegacion; éramos rebeldes y somos pacientes; éramos de carácter áspero y duro, y somos de carácter apacible; éramos tardos y pesados, y ahora tenemos alas; éramos hombres en fin, y somos ángeles, dioses. La carne del Cordero místico se convierte en nosotros en la médula del leon, en el *Pan de los Fuertes*.

Es el mismo Jesucristo, es la *Presencia real* que ha pasado á nosotros, y de invisible se ha hecho visible: á la manera que el sol, cuando no está en el horizonte, se deja ver en el pico de los montes, que ilumina con sus rayos. ¡Qué prueba mas manifiesta! Es la mas irrecusable que pueda darse á nuestra debilidad; la fuerza de Dios en nosotros.

Y no apelo aquí de ella únicamente á la esperiencia interior y á sus sugetos; apelo á sus testigos esteriores, aun contrarios, y les pregunto: *¿Cuál es el Bien, y cual es lo Hermoso sino es el Trigo de los escogidos y el Vino que germina Vírgenes?* ¿Quién podria contener su admiracion y su asombro, repetiremos con San Juan Crisóstomo, encontrando así en una naturaleza terrestre una vida angélica? ¿Qué hombre se atreveria á acercarse y á tocar esta alma deslumbradora? Todos se alejarán; porque se hallan pasmados como al aspecto del oro afinado en el fuego.»

Este fue el gran milagro que pasmó mas á los gentiles, especialmente en los mártires, y en las mujeres á quienes se

consideró hasta entonces de naturaleza inferior al hombre. Era Jesucristo en sus Santos.

Era, en su consecuencia, y lo es aun, Jesucristo en el mundo, germinando toda civilizacion con su virtud eucarística.

Y lo que acabamos de decir del órden moral no es menos cierto respecto del órden intelectual, como lo atestiguan tantos grandes doctores, tantos bellos Genios que descendian como Moisés de las tinieblas del Sinaí, de la oscuridad de este misterio, radiantes con aquellas luces y abrasados en aquellos fuegos que nos han dejado sus plumas ó sus bocas elocuentes, por la virtud de este Pan de los Angeles y de este Manjar de los Espíritus, cuya naturaleza contraian ellos, alimentándose con el mismo manjar.

¿Qué hubiera sido el mundo sin la Eucaristía? ¿Qué seria en la hora en que estamos? Reflexiónese bien; el Cristianismo perfecto que ha constituido la civilizacion, y que es el único que la conserva todavía en el borde del abismo, no siendo vivificado en el fondo mas que por Eucaristia, la cual por medio de sus convidados, obra en la masa entera, es indudable que la Eucaristía es la Presencia real de Jesucristo en el estado en que es la vida y la luz del mundo, y no me admira que un publicista protestante, tomando la palabra gobierno en su sentido moral mas lato, haya terminado un estudio sobre este asunto con esta conclusion: «Hé aquí, pues, la solu»cion de la cuestion mas importante, despues de la de la in»mortalidad del alma, que pueda haberse presentado á los »hombres. ¿Cuál es el mejor gobierno? Y cuanto mas se estu»dia mas se verá que esta creencia en la *Presencia real* se es»tiende no solamente á todos los gobiernos, sino á todas las »consideraciones humanas, que es como su *diapason*, y que »es, con relacion al mundo moral, lo que el sol con relacion al »mundo físico: *Illuminans omnes homines* (1).»

(1) Fitz William, Cartas de Atico.

Una reflexion postrera:

La fe cristiana, independientemente de infinidad de pruebas, tiene de incontestablemente racional y honrado, que acorrala toda incredulidad, toda sublevacion, toda rebelion, reduciéndola á una cuestion de esperimento, y en su consecuencia, de hecho y de voluntad. «Quien haga la voluntad de mi Padre, dice Jesucristo, *sabrá* si mi doctrina proviene de él, ó si hablo por Mí propio (1).»—«Quien *hace* la verdad llega á la luz (2).» Y finalmente, sobre el misterio que estudiamos, ha promulgado esta asercion: «Quien comiere de este Pan, *vivirá* (3).»

¿No nos bastan los testimonios unánimes de los creyentes, y mas aun, los frutos que producen? Esperimentad vosotros mismos la fe. Háse dicho de los discípulos de Emaus, que estaban en compañía de Jesucristo sin conocerle, que, mientras se hallaba á la mesa con ellos, tomó pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo dió, y al punto *se abrieron sus ojos y lo reconocieron en la fraccion del pan* (4). Lo que pasó allí, jamás dejó de verificarse en todo hombre de buena voluntad, que se ha puesto en las disposiciones racionalmente morales por otra parte, requeridas para participar de este misterio.

Si no os sentís con fuerza para ello, que es, en el fondo, la fuerza de llegar á ser mejores, no saqueis un argumento de vuestra debilidad. No os erijais en jueces de lo que os condena. No imputeis á dificultad de creer lo que es dificultad de hacer. Abstenéos de decidir, puesto que os absteneis de practicar en una materia que es toda de virtud, y en su consecuencia, de accion.

(1) S. Juan, VII, 17.
(2) S. Juan, III, 21.
(3) S. Juan, VI, 59.
(4) S. Luc. XXIV, 30, 35.

No opongais la incomprensibilidad, es decir, lo divino del misterio en un asunto enteramente divino.

¿Os detiene el misterio, en el órden puramente natural? De ningun modo.

¿Comprendeis que un grano de trigo que perece en la tierra produzca una espiga, y esta espiga una mies? ¿Comprendeis que el pan que se hace de él se transforme en sangre y en carne de quien lo come? ¿Qué dirias sin embargo de quien, por no comprender estos misterios, no quiera sembrar, ni comer?

No hay menos misterios en la naturaleza que en la religion. ¿qué digo? no los hay menos en las obras de nuestras industrias, que no son mas que misterios verificados para aplicarse á nuestras necesidades. La única diferencia consiste en que los unos se dirigen á la satisfaccion terrena de nuestros apetitos, y los otros á su celestial reforma.

Los incrédulos son, respecto de los misterios de la religion, lo que los salvajes respecto de las maravillas de la civilizacion.

El Cristianismo es una civilizacion sobrenatural, alma de toda civilizacion natural, cuyos misterios no nos asustan tanto, sino porque los juzgamos desde un estado inferior de tinieblas y de miseria que preferimos á este, y de que ha venido á sacarnos Jesucristo, cual divino Orfeo.